

blancos de la higiene social perpetrada por grupos de derecha. El fenómeno del desplazamiento contemporáneo dibuja hoy la misma figura (aunque con detalles de contexto diferentes) que los conquistadores realizaron ayer al aniquilar a los indígenas, violar a sus mujeres y apoderarse de sus territorios y riquezas.

De la manera anterior, Álvaro Félix Bolaños lograr proponer un debate que se aparta de los esquemas rígidos de la disciplina histórica, y de los eufemismos estéticos de la crítica literaria; este trabajo claramente confirma la tradición ensayística colombiana como un espacio polémico donde es posible develar los juegos del poder y sus efectos sobre la vida concreta de los individuos.

Betty Osorio

Universidad de los Andes,
Bogotá

Montserrat Ordóñez. *De voces y amores. Ensayos de Literatura Latinoamericana y otras variaciones*. Editoras: Carolina Alzate, Liliana Ramírez y Beatriz Restrepo. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2005. 460 pp.

El pasado 2 de febrero 2006, en la conocida Librería Lerner de Bogotá, el Grupo Editorial Norma y el Departamento de Arte y Humanidades de la Universidad de los Andes presentaron esta compilación de ensayos de la desaparecida crítica y escritora colombiana de origen español Montserrat Ordóñez Vilá. Nacida en Barcelona en 1941, vivió muchos años en Colombia donde desarrolló su trabajo crí-

tico, académico, de creación literaria y de traducción. Doctorada por la Universidad de Wisconsin (Madison), fue visitante de numerosas universidades de Colombia, Estados Unidos y Europa. Su última estadía fue en Dartmouth College, donde dictó clases de literatura latinoamericana durante el otoño del 2000. Pocos días después de su regreso a Bogotá, en diciembre de ese mismo año, se le declaró un cáncer en el páncreas y murió el 21 de enero del 2001. *De voces y amores* constituye la primera recopilación de sus textos críticos más importantes. El hecho es significativo en varios sentidos. Por una parte, es el producto de un intenso trabajo colectivo de sus editoras por recuperar importantes materiales críticos que ocuparon la vida profesional de la autora. Por la otra, sugiere diferentes implicaciones sobre el trabajo crítico en América Latina y sus vicisitudes, visibilizando, entre otros aspectos, su pasmosa lentitud a la hora de reconocer la importancia de una producción (generalmente después de la muerte de su autor o autora).

La estructuración reticular del libro es de por sí reveladora de la necesidad de contextualizar históricamente el sentido de los textos en él incluidos, y a la vez de mostrar sus implicaciones y los ángulos de significación más ocultos. Y a esa necesidad responden los “prolegómenos” que abren y cierran (presentan, agradecen, prologan, concluyen) la reunión de los textos. Este corpus “externo” persigue en efecto varios objetivos. La cuidadosa “Presentación” de las editoras explicita los criterios de la edición, puntualizando que el diseño del libro sigue fielmente

el mismo formato que había preparado su autora en el verano de 1997. El "Prólogo" de Nina Scott, por su parte, es una celebración memorialista y sentimental que rehuye cualquier propósito convencional. A la vez, elabora una convincente metáfora interpretativa, ya que se basa en el gesto que caracterizó la vida y obra de Montserrat —el gesto de dar— el cual es recogido en las pequeñas escenas de la cotidianidad profesional y la amistad compartida: dar, nutrirse y nutrir a otros, transmitir información, compartir a plenitud la vida (los libros, la comida, los viajes) de cada instante, como lo indica apropiadamente su título "El banquete de Montserrat". En el cierre, el "Epílogo" de Jesús Martín-Barbero enfatiza la importancia de la crítica literaria y cultural desarrollada por Montserrat para la historia de las mujeres, valorizando su original participación y sus descubrimientos no sólo como una lucha por integrar la literatura a la cultura política de su tiempo, sino como el registro atento y actualizado de una nueva escritura —que él llama "postgarcía-marquiiana" y polifónica— en América Latina. Martín-Barbero enfatiza otro rasgo de su crítica que desde ya define un estilo de trabajo que podemos comprobar en todos los textos presentados: su "escritura *lectora*" (p. 427, subrayado nuestro), reconociendo así la práctica de la lectura como base formativa y pasión forjadora que fundamenta su lugar de enunciación. El reconocimiento de los "Créditos" trae otro aporte: informa sobre el lugar y fecha en que aparecieron publicados los textos incluidos en el libro, aclarando lugar y tiempo histórico obviados en la

presentación temática de los mismos. La "Bibliografía" (cuya inserción no parece ser muy clara en la composición del todo), puede entenderse como una constelación de obras activas y pasivas de algunos autores trabajados por Montserrat, sobre todo mujeres y estudios analíticos que fueron inspiradores y con los cuales se establece un diálogo fecundo. Por último, la exhaustiva lista de la "Obra crítica y poética de Montserrat Ordóñez" organiza su vasta producción, mostrando la variedad de intereses y temas que la ocuparon desde la década del 70, y a la vez su concentración reiterada sobre la escritura femenina, la reevaluación del canon colombiano y sobre clásicos formativos, como Virginia Woolf y Clarice Lispector, entre otros.

La utilidad de este conjunto paratextual es evidente, y actúa como una guía valorativa para la mejor comprensión de los estudios aquí reunidos. ¿Y por qué es necesaria esta guía? Porque el libro propone una comprensión inusual de la literatura latinoamericana, una visión innovadora del trabajo crítico fundamentado en la lectura y como parte de la creación literaria ("la lectura crítica es literatura", dice Montserrat en la pag. 12), una reformulación del canon literario colombiano —y por extensión, latinoamericano— y una sorprendente agrupación intergenérica poco convencional de intereses y motivos. Actuando como llamada de alerta sobre la singularidad e importancia de esta producción, también permite inferir largos años de investigación solitaria, propuestas a contramano de cualquier moda de última hora, y también inercias institucionales, silencios y esplendores

ignorados de una brillante intelectual que no solía hacer concesiones a poder alguno (sea del mercado, sea de la academia). En este sentido, el libro quisiera reflejar una totalidad de vida plena e interrelacionada, un retrato de cuerpo entero, donde la experiencia literaria fundamenta la construcción de una subjetividad, como placer y como oficio al mismo tiempo. Todo esto, todavía bajo los ecos del impacto de una muerte repentina y prematura.

En efecto, aquí se encuentran reunidas diferentes formas de reflexión crítica, desde el estudio académico formal, rico de referencias eruditas (y el mejor ejemplo es el largo estudio sobre Machado de Assis —60 páginas y 45 notas al pie— donde se comparan sus dos novelas, *Dom Casimiro* y *Memórias póstumas de Brás Cubas*, a través de lo cual se termina elaborando casi una teoría de la novela del adulterio), a la confesión autobiográfica (“¿Qué le debo a Virginia Woolf?”), la entrevista imaginaria (“Entrevistas-asociaciones...”), el informe de clase (“Metáforas de identidad”), el artículo de ocasión (“Gabriel García Márquez: *Crónica de una muerte anunciada* o la telaraña extendida”), y hasta la falsa carta dirigida a una escritora con siglos de distancia (“¿Adiós, Mariana?”).

Los textos están agrupados en cuatro partes. La primera parte, titulada “Escritoras de Colombia, una nueva historia literaria”, incluye cuatro estudios capitales que fundamentan la urgencia de reescribir la historia de la literatura colombiana desde otros puntos de vista. Una historia que ha obviado la significación aportada por la produc-

ción narrativa de Soledad Acosta de Samper, Elisa Mújica, Marvel Moreno y Laura Restrepo, a las cuales dedica sendos estudios. En particular, el largo estudio sobre Soledad Acosta de Samper (50 páginas) puede considerarse una recapitulación madura de muchos años de investigación dedicados a esta autora. Aunque ya había editado en 1988 una antología de su obra con un estudio crítico revelador (ver su “Introducción” a Soledad Acosta de Samper: *Una nueva lectura*. Bogotá: 1988), es aquí donde se expone claramente el por qué, a pesar de ser la escritora más sólida y prolífica del siglo XIX latinoamericano, la obra de Soledad Acosta de Samper no podía “representar” a la nación colombiana, ni ser reconocida como la gran narradora que era en su momento. Con sus heroínas cultas y conscientes que determinan su propia vida (como Dolores, protagonista de la novela homónima de 1867), opuestas a las pálidas románticas, esta obra resultaba “ilegible” para su época. Montserrat hace un recuento fascinante de las voces y máscaras autoriales de esta escritora, su versatilidad de registros e identidades, confirmando la presbicia de una crítica que había construido una historia literaria sobre el desconocimiento y la deformación, pues ignoraba, no sólo la magnitud de esta obra sino su importancia ruptural y su carácter precursor en relación a la subversión de modelos ficcionales patriarcales, ya que validaba la experiencia femenina como fuente de conocimiento y autonomía. Tal como ella señala: “Añoramos tanto la falta de escritura y escritores, que parece imposible, en este caso, haberla tenido y

haberla borrado" (p. 83). Una paradoja que podemos encontrar también en otras literaturas de la región.

La segunda parte, "Escritoras de América Latina, encuentros tras desencuentros", incluye textos fundamentales de y sobre crítica feminista, dando un cierto panorama de los problemas, conquistas y contradicciones que caracterizaron los años agudos de la crítica feminista, especialmente en la década de los 80, además de varios estudios dedicados a escritoras específicas (como Clarice Lispector, Luisa Valenzuela, Cristina Peri Rossi y Blanca Wiethüchter). La importancia de esta sección es enorme, dado que todavía hoy carecemos de una historia del pensamiento feminista latinoamericano, *desde* América Latina, articulado a nuestra propia tradición e idiosincrasia. Montserrat se debate lúcidamente en ese sentido, reconociendo por una parte la universalidad de la relación entre la crítica feminista y la literatura, tanto dentro como fuera de la región, y por la otra deplora el hecho de que la producción literaria latinoamericana —también en el caso de la escritura femenina— sigue siendo la materia prima de visiones de importación que se elaboran fuera de la región (ocasionando otro tipo de presbicia, como la que marcó la primera ola de crítica literaria feminista). Con el rigor que la caracteriza, Montserrat registra y difunde las más importantes publicaciones teóricas sobre el tema (más de treinta estudios, en su mayoría norteamericanos) a partir de la década del 60, señalando sin embargo la singularidad de la situación en América Latina, donde todavía, dos o tres décadas

después, se comprueba la falta de espacio institucional para estudiar y reevaluar las obras de autoría femenina. Un hiato dramático éste, entre el deseo y la realidad, entre texto y contexto, lo que implica nuevamente la necesidad de estrategias críticas más próximas a la compleja situación latinoamericana. Otro aspecto capital en este segundo conjunto de estudios es la demostración de que la escritura femenina participa y constituye parte integrante del proceso de la literatura latinoamericana, antes del *boom* y de su consagración internacional, y antes también de que fuera "descubierta" por la misma crítica feminista, tal como señala su autora en las páginas 141 y siguientes. Tal vez hoy ésta parezca una conquista ya establecida. Pero como parte de un capítulo de aquella historia mencionada todavía por construir, nunca será suficiente su reiterada comprobación y exploración. Como afirma Montserrat: "estamos en la etapa de identificación, evaluación y reconocimiento de nuestra historia literaria, una historia con muchas versiones que en el fondo subrayan una sola: la exaltación de una literatura de y para un mundo de valores masculinos. El objetivo más claro de la nueva crítica sobre la escritora latinoamericana consiste sin duda en la reescritura de nuestra historia literaria" (p. 140).

Modelos de esta reescritura es lo que encontramos a continuación en la tercera parte, "De voces, de viajes, de memorias y de amores", donde el objeto es la obra de escritores y poetas, incluyendo brasileños. Nunca se insistirá lo suficiente en la necesidad de integrar Brasil a la re-

flexión latinoamericanista, lo cual es otra ventaja de estos estudios, ya que Montserrat también trabajó intensamente en ese sentido, incluso a través de la traducción de autores brasileños. Son estudios sobre Joanot Martorell, Machado de Assis, Dalton Trevisan, García Márquez, Alvaro Mutis, Julio Flórez y Aurelio Arturo. Corresponden a modelos de trabajo con precisión de relojero, de “trabajadora exacta y sin tregua” como ella amaba definirse, y cuya excelencia encontramos en el breve estudio de *Crónica de una muerte anunciada*. Son muestras brillantes de un largo entrenamiento interior, de una práctica crítica previa ya demostrada en el modo autocrítico y matizado con el cual exploró tempranamente temas tan controvertidos y revolucionarios como la revisión del canon literario y la escritura de las mujeres en América Latina. Recordemos al respecto su obsesiva dedicación a *La vorágine* de José Eustasio Rivera, plasmada no solamente en la edición crítica publicada por Cátedra, sino también en la cuidadosa recopilación de sesenta años de recepción crítica, desde los primeros comentarios en la prensa local en 1924, hasta las complejas visiones contemporáneas de otras latitudes; estudios éstos que fueron cuidadosamente seleccionados y traducidos por Montserrat, en una magnífica edición de Alianza en 1987.

La cuarta y última parte “De amores y otras variaciones”, retoma el tono autobiográfico y se refiere directamente a la relación personal de la autora con la lectura y la escritura. Como afirma en la página 10: “no puedo separar la crítica del libro de

la lectura de mi mundo interior y del mundo de los seres que me rodean.” Aquí se alude fragmentariamente a las condiciones del trabajo crítico, a las raíces de una disciplina manejada con igual medida de razón y sensibilidad. Todo ello a partir de la experiencia de la autora como docente universitaria, viajera empedernida, tutora y guía de jóvenes talentosas, lectora curiosa y feliz, investigadora de sospechas escondidas en las entrelíneas de las obras.

Como vemos, el criterio no es cronológico ni temático, sino más bien subjetivo y metafórico de preferencias y perspectivas. De modo que el volumen rehuye cualquier posibilidad de secuencia, progresión, o direccionalidad evolutiva. El mismo título usa metáforas pluralísticas para nombrar el punto de vista con el cual se enfoca el derecho a la libertad crítica y la autonomía intelectual: *De voces y de amores*. Y se trata “de voces y de amores” porque se trabaja con/entre muchas voces (ausencia de protagonismo), se elige y se ama lo que se hace (libertad de la investigación *incluso* vinculada al deseo, la intuición y la vida subjetiva), se habla desde un lugar de enunciación que nos marca y nos mueve (contra las pretensiones de la objetividad absoluta). Se vive pues la escritura “como definición y pasión –prescindible, necesaria– parte de la vida sin ser la vida –la maldición– y todas las bendiciones” (p.10). Toda la página 10, presentada como frontispicio y credo de la autora, reproduce textualmente el sentido de ese título: “Voces – porque pertenezco a una generación académica educada en narratología (...) y el no creer (...) *Y amores* – porque los libros – los

autores han sido objetos de amor, descubrimientos, obsesiones, (...) trabajos que responden a una necesidad interior, (...) son expresiones de libertad, del placer de la lectura y del diálogo con los textos – están hechos por lealtad a mis intereses y a mis procesos.”

Si el antiguo *homme de lettres* ha desaparecido del bullicioso horizonte postmoderno, tal vez las escritoras/lectoras latinoamericanas estén retomando esa función, ahora renovada, como *femme de lettres* en un mundo contradictorio que enfrenta amenazas a la existencia misma del libro, siendo, por otra parte, el único instrumento de alfabetización y emancipación de enormes sectores olvidados de la sociedad latinoamericana.

Con estas características remarcantes, este libro puede considerarse el testimonio veraz de una etapa fundacional en la vida de la crítica feminista latinoamericana, y un modelo de autocrítica y escritura forjadora en la búsqueda de una voz propia. En ese sentido, no registra solamente las vicisitudes y pasiones literarias de Montserrat –en tanto individuo y protagonista dentro de esa etapa–, sino que revela un *estilo crítico independiente* compartido por muchas mujeres, escritoras, intelectuales y artistas, quienes han llevado adelante la más sólida renovación de los estudios literarios del siglo XX (“la revolución que nadie soñó”, la llama Fernando Mirés); un estilo riguroso y profesional por una parte, pero a la vez libre de pomposidades metafísicas, de modismos teóricos epocales y de autopromoción académica. Es decir, un trabajo que me parece emblemático de un modelo “disidente” de

la vida académica entre las mujeres de hoy, con importantes consecuencias en el nivel de la interpretación y el análisis que vale la pena conocer y reconocer.

El párrafo final que cierra su largo estudio sobre Clarice Lispector (“Clarice Lispector: la mirada múltiple”), tiene un sentido que podría aplicarse a la misma obra de Montserrat. Refiriéndose a la escritora brasileña, dice: “Con su obra se adelantó a la práctica literaria y a la crítica de la posmodernidad. La mirada múltiple y el reconocimiento de la alteridad del sujeto fueron para ella problemas viscerales, no teóricos, que exploró con terquedad. Sabía que la percepción de la existencia del otro hace que uno sea diferente. De la misma manera, la conciencia de que existe la obra de Clarice Lispector nos cambia para siempre” (p. 184).

Esa misma sensación de estar frente a algo sustancialmente nuevo, diferente, y “que nos cambia para siempre”, se encuentra en los textos de Montserrat, sean éstos trabajos de largo aliento, ponencias, notas de clase, poemas, narraciones. Tampoco para ella se trataba de asuntos teóricos, sino de preguntas que se imbricaban a su propia vida, a su modo peculiar distante y solitario de relacionarse con las instituciones académicas, que a la vez era en *contra* para poder ser *a favor* de la institución; y a la conciencia de su responsabilidad ante los más jóvenes que buscaban su equilibrada presencia. Como Clarice, también para ella la realidad exigía un enfoque de miradas múltiples, y el problema de las alteridades en conflicto fue una preocupación profunda y personal, y no solamente textual; algo que

trató no sólo desde las aulas colombianas (en la Universidad de los Andes, Nacional y Javeriana) sino también en las de Estados Unidos, Alemania, España, Inglaterra, Venezuela, y que aquí encontramos consignadas en este hermoso libro.

Estos textos son también conscientes de su estar en el filo de una resbaladiza identidad de lectora/escritora. Una identidad paradójicamente camaleónica, pero coherente y consistente con una concepción desgarrada de lo transitorio que destruye, construye y reconstruye sin cesar valores que creíamos inmutables. No es casual que su libro de poemas de 1987 se titulara *Ekdysis*, es decir, "cambio de piel. Y así define su identidad escritural, con su especial capacidad de "representarnos", de captar el sentir y el decir de las mujeres que hoy escribimos en Latinoamérica: "Hago lecturas críticas y las escribo, pero a menudo decido que estoy harta de pretensiones de originalidad y primeras personas, y decido dejar el espacio a las voces de los otros. Así, con frecuencia he preferido ser lectora y transmitir, impresas, compilaciones de mis lecturas. Traduzco, porque traducir es también compartir y es la más adecuada combinación de una buena escritura. Edito porque, como me sucede en la docencia, me gusta ser puente. Escribo artículos sobre literatura, porque en los últimos años he encontrado un discurso crítico contemporáneo en donde me puedo hallar con alguna comodidad, un discurso de autodelación y de apertura, que acoge mis obsesivas metáforas, que se opone a la omnipotencia y a la supuesta objetividad de la crítica de mi época de estudiante, un

discurso en fin que se basa en una profunda conciencia de género (masculino/femenino) y de historia (...). Como le decía Milena Jesenka a Kafka, creo que dos horas de vida son muchísimo más que dos páginas escritas. Pero escribo porque lo que quiero decir no aprendí a transmitirlo con la danza, ni con el silencio, ni con el gesto, ni siquiera con el amor, y si no lo escribo lo olvidaré y sin memoria me quedaré sin vida, sin esa única vida de azar en contra del azar, tan vulnerable, tan prescindible." (p. 422-423)

Ese fue el modo valiente y brillante en que vivió y trabajó Montserrat, de múltiples miradas que la incluían a ella misma; sembrando pasiones. Ese es el verdadero "banquete" que nos entrega. Su muerte deja muchos trabajos inconclusos, una hermosa traducción de Shakespeare casi lista, una publicación extraviada en la Biblioteca Ayacucho, y múltiples proyectos en camino. Nos toca continuar su trabajo, aprender de su generosidad, aplicar sus lecciones, si ello es posible.

Su última publicación en Venezuela fue un hermoso estudio sobre un cuento de Clarice Lispector, "La mujer más pequeña del mundo", entregado generosamente a la Revista Actual de la Universidad de Los Andes, en el número 39 dedicado a la literatura brasileña que organizamos la profesora Yhana Riobueno y yo, y que se publicó en enero-marzo de 1999. Allí está plasmado ese estilo directo y a la vez matizado de análisis que constituye una muestra de su madurez e independencia crítica. Su estudio revisa las variantes interpretativas que ha suscitado dicho cuento (un re-

cursos sistemático de sus lecturas críticas), y se detiene en la estrategia de mutua resistencia elaborada por el texto a través de la contemplación de dos alteridades irreconciliables: un explorador del primer mundo, y una pigmea de la selva amazónica. Su análisis recoge todos los gestos y reacciones imposibles de este imposible encuentro: desde la anotación rigurosa y absurda del científico, a la risa animalésca de la pigmea; tomar nota y controlar, en uno; agradecer por no ser devorada, en la otra. La conciencia de la existencia del otro como una epifanía intolerable que nos cambia para siempre es el mensaje del relato; pero es también el mensaje de la crítica de Montserrat, cuyas exploraciones siguen preguntando por el sentido de estos encuentros, de nuestros miedos y pasiones, de nuestra feroz búsqueda de felicidad, de devorar antes que ser devorados. Para mí —dijo— escribir es una batalla contra la injusticia y contra el caos (p.422).

A nosotros nos queda continuar esa misma batalla, y recordar que la vida de la escritura no conoce la muerte.

Margara Russotto

University of Massachusetts,
Amherst

Eugenio Chang-Rodríguez. *Entre dos fuegos. Reminiscencias de las Américas y Asia.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2005; 528 pp.

[Nota de los editores: En julio último se llevó a cabo en la Casa de América de la capital española, en

ceremonia auspiciada por la Embajada del Perú en Madrid, la presentación de *Entre dos fuegos. Reminiscencias de las Américas y Asia*, con la participación de, entre otros, el Embajador Armando Lecaros de Cossío, el miembro del CSIC Fermín del Pino Díaz y la peruanista María Ángeles Vázquez. A continuación reproducimos parte de sus intervenciones.]

I.

Eugenio Chang-Rodríguez vive hace años en los Estados Unidos, en donde ha desarrollado una intensa labor peruanista, que lo ha mantenido, más que unido, atado a su patria. Pero en la búsqueda de la peruanidad a la que se ha dedicado toda su vida con particular ahínco, ha participado también de un cosmopolitismo intenso, que lo ha llevado a numerosos centros de estudio del mundo, en los que ha incrementado su sapiencia sobre los hechos humanos, en particular el lenguaje, la historia, y, especialmente, los relacionados con el Perú. Profesor de la City University de Nueva York, Chang es también director del Seminario Latinoamericano de la Universidad de Columbia y miembro de tres academias de la Lengua Española (Norteamericana, RAE y Peruana).

Entre los temas que domina, la obra de José Carlos Mariátegui es una de sus especialidades, a través de la cual ha profundizado su contacto con el pensamiento latinoamericano del siglo XX. El estudio de la obra del Amauta le ha permitido acercarse a lo más selecto de las ideas que han regido no sólo a Latinoamérica sino al mundo en el siglo pasado. Su origen asiático le ha movido a ir en busca de sus raíces y su entroncamiento con el Perú.